

la masa de gente que formaba la tertulia, retirándose de silla en silla, hasta que Maxi le vió en la mesa más lejana, ensimismado, los codos sobre el mármol y la cabeza en las palmas de las manos. Fuese hacia él, movido de lástima, y le preguntó lo que tenía. «Amigo—le dijo Ido con voz cavernosa, mostrando su cara descompuesta, —¿ve usted cómo me tiembla el párpado derecho? Pues es señal de que me estoy poniendo malo... pero no tiene usted idea de lo malo que me pongo.»

—Vamos, D. José, eso no es más que aprensión (tratando de llevarle al grupo principal).

—Déjeme usted... Se ríen de mí, porque desbarro mucho... Tiempo hacía que no me daba esto; pero lo veo venir, lo veo venir... Ya, ya me entra, y no lo puedo remediar. Tendré que ausentarme para que no se burlen de mí. Porque me pongo perdido... Me pongo como si bebiera mucho aguardiente, y ya ve usted que no lo cato... no lo cato, créamelo usted, caballero. Usted es el único que no se reirá de mí; usted comprende mi desgracia y me compadece.

—Don José... que se le quiten esas cosas de la cabeza—le dijo el otro, oficiando de hombre sesudo y razonable.

—¡Ah!... pues quíteme del campo de mi vida los hechos... (tocándole amigablemente el brazo). Porque somos esclavos de las acciones ajenas, y las nuestras no son la norma de nuestra

vida. Así es el mundo. De nada le vale á usted ser honrado, si la maldad de los demás le obliga á hacer una barbaridad.

—Eso está muy bien discurrido.

—¡Oh!, la desgracia vuelve sabios á los tontos... No, no somos dueños de nuestra vida. Estamos engranados en una maquinaria, y andamos conforme nos lleva la rueda de al lado. El hombre que hace el disparate de casarse, se engrana, se engrana, ¿me entiende usted?, y ya no es dueño de su movimiento.

—Entiendo, sí...

—Pues no me acuse usted si oye que he cometido un crimen (hablándole al oído), porque los que tenemos la desgracia de ser esposos de una adúltera... los que tenemos esa desgracia, no podemos responder de aquel mandamiento que dice: *no matar*. Creo que es el quinto.

—Sí, el quinto es—dijo Maxi, que sentía una corriente fría pasándole por el espinazo.

—Y aquí donde usted me ve... (echándose para atrás y expresándose siempre en voz muy baja), hoy mato yo...

Esto, aunque dicho muy quedamente, fué oído de Izquierdo, que rompiendo á reír, soltó esta andanada: «¡Pues no dice este judío *Dio* que hoy mata él!... ¿En qué plaza, camaraita?»

Las carcajadas atronaban el café, y Rubín se acercó al grupo principal, diciendo con la mayor serenidad del mundo y en tono de benevolencia

y compasión: «Señores, no burlarse de este pobre señor que no tiene la cabeza buena. Un trastorno mental es el mayor de los males, y no es cristiano tomar estas cosas á broma. Denle un poco de agua con aguardiente.»

Se la ofrecieron; pero Ido no la quiso tomar. Amorraba la cabeza entre los brazos cruzados sobre el mármol, y el dueño del establecimiento, mirándole con sorna, le decía: «Aquí no se duermen monas. A dormirlas á la calle.» Maxi trató de hacerle levantar la cabeza. «D. José, á usted le convendría tomar duchas y también unas pildoritas de bromuro de sodio. ¿Quiere que se las prepare? Es el tratamiento más eficaz para combatir eso... Digamelo usted á mí, que durante una temporada he estado como usted... muchísimo peor. Yo inventaba religiones; yo quería que todo el género humano se matara; yo esperaba el Mesías... Pues aquí me tiene tan sano y tan bueno.»

Y volviendo al grupo principal: «Nada, hay que dejarle. Eso le pasará. ¡Pobrecito, me da mucha lástima!»

De repente, D. José se levantó de su asiento y salió de estampia, entre la risa y chacota de toda la partida. Maxi quiso salir detrás, pero Refugio le tiró de los faldones y le hizo sentar á su lado: «Déjalo tú, ¿qué te importa?» Y arreció el tumulto por la entrada de otros Pepes, y el amo del café, que también era algo José, repar-

tió puros y ron con marrasquino. Algunos se empeñaron en que Maximiliano bebiese; pero ni él quería, ni Refugio se lo hubiera permitido, atenta siempre á cuidar de su preciosa salud. Lo que hacía el excelente muchacho era reír con la mayor buena fe todas las gracias que allí se decían, hasta las más zafias y groseras, aunque sin participar mucho de la estrepitosa alegría de aquella gente.

## III

Comió Rubín aquella noche sosegadamente con su tía, contándole algo de lo que había visto y oído en el café; á lo que respondió la gran señora expresándole su deseo de que no fuese más á aquel establecimiento, por estar muy lejos y porque en él siempre encontraría una sociedad inculta y ordinaria. El joven parecía conformarse con esta idea, y aseguró que no volvería más. Después fué con su tía á casa de Samaniego, y mientras duró la tertulia, permaneció apartado de ella, labrando y puliendo su idea. «Es en la casa de los escalones de piedra... Después que echó aquel brindis estúpido, Izquierdo habló de subir á gatas á casa de su hermana, y de bajar rodando por los escalones de piedra... Ya sé, pues, dónde está. Ahora hay que proceder con sigilo y decisión. Llegó la hora de castigar. El

honor me lo pide. No soy un asesino, soy un juez. Aquel desgraciado hombre lo decía: «Estamos engranados en la máquina, y la rueda próxima es la que nos hace mover. Sus dientes empujan mis dientes, y ando.»

—¿Por qué suspiras, hijo?—le preguntó su tía observándole caviloso y suspirante.

Contestó evasivamente, y á poco re retiraron, no sin que *doña Desdémona* invitase al joven á pasar en su casa la mañana siguiente. Le enseñaría todos sus pájaros y le daría de almorzar. Aceptada esta fineza, Maxi se personó en casa de Quevedo desde la nueve, hora en que la señora aquella se hallaba en la plenitud de sus funciones, limpiando jaulas, revisando nidos, examinando huevos y sosteniendo con éste y el otro volátil pláticas muy cariñosas. Su obesidad no le impedía ser ágil y diligentísima en aquella faena. Gastaba una bata de color de almagre, y como su figura era casi esférica, no parecía persona que anda, sino un enorme queso de bola que iba rodando por las habitaciones y pasillos. No tardó en asociar al chico á sus operaciones, enseñándole á distribuir el alpiste á toda la familia. Con algunos sostenía *doña Desdémona* conversaciones maternales. «¿Qué dices tú, chiquitín de la casa... gloria mía?... A ver, ¿tiene el niño mucha hambre?... ¡Ay, qué pico me abre este hijo!» Y los trinos ensordecían la casa. Con verdadero ahinco, Maximiliano se-

guía torneando en su cabeza las ideas de la noche anterior. «La mataré á ella y me mataré después, porque en estos casos hay que poner el pleito en manos de Dios. La justicia humana no lo sabe fallar.»

—¿Qué mala es esta pájara!—decía *doña Desdémona*;—no sabe usted lo mala que es. Ha matado ya tres maridos... y de los hijos no hace caso. Si no fuera por el macho, que es, ahí donde usted le ve, toda una persona decente, los pobrecitos se morirían de hambre.

—Hay que perdonarla—replicó Maxi con humorismo,—porque no sabe lo que se hace... Y si la fuéramos á condenar, ¿quién le tiraría la primera piedra?

—Vamos ahora á los pericos, que ya están alborotados.

«La lógica exige su muerte—pensaba Rubín colgando cuidadosamente una jaula en que había muchos nidos.—Si siguiera viviendo, no se cumpliría la ley de la razón.»

La renovación del alpiste y del agua daba á aquellos infelices y graciosos seres aprisionados una alegría insensata, y poniéndose todos á piar y á cantar á un tiempo, no era posible que se entendieran las personas que entre ellos estaban. *Doña Desdémona* hablaba por señas. Maxi parecía contento, y hubiera vuelto á empezar todas las operaciones por puro entretenimiento. Cuando llegó la hora de almorzar, tenía ya muy buen

apetito; y el comadrón y su esposa estuvieron muy amables con él, diciéndole que le agradecerían fuese todos los días, si tenía gusto en ello. Ya Quevedo no era celoso, y desde que su esposa se había redondeado hasta hacer la competencia á los quesos de Flandes, se curó el buen señor de sus murrias y no volvió á hacer el Otello. Sin embargo, á ninguno que no fuera el pobre Rubín le habría permitido entrar libremente en la casa, porque, en verdad, no le consideraba á éste capaz de comprometer la honra de ningún hogar donde penetrase.

Doña Lupe entró muy gozosa, diciendo: «¿Qué tal se ha portado el galán?»

—Admirablemente, señora. Es lo más amable...—replicó *doña Desdemona*; y llevándola aparte, añadió:—Si está bueno y sano... ¡Si viera usted qué contento y qué tranquilo!... Nada, como la persona de más juicio.

—Yo creo—dijo la de Jáuregui—que si no está curado, le falta poco. ¿Y qué hay de eso?

—Esta mañana volvió Quevedo. Todavía nada... Esperando por momentos... Ella, con mucho miedo.

Algo más cotorrearon, pero no hace al caso. Doña Lupe se llevó á su sobrino al Monte de Piedad, y como aquel día las ventas fueron de muy poco interés, tornaron pronto á casa, después de comprar fresa y espárragos en un puesto de la calle de Atocha. Por la tarde, la señora

encargó á su sobrino que le hiciera unas cuentas algo complicadas, y él las despachó con presteza y exactitud, sin equivocarse ni en un céntimo; y como su tía se maravillase de aquel tino aritmético, el joven se echó á reír, diciéndole: «¡Pero usted qué se ha figurado? Si tengo yo la cabeza como no la he tenido nunca. Si estoy tan cuerdo, que me sobra cordura para darla á muchos que por cuerdos pasan.»

Hacia muchísimo tiempo que doña Lupe no había visto al chico tan despejado, con tanto reposo en el espíritu y el ánimo tan dispuesto á la alegría, señales todas de reparación indudable. «Si no dudo que estés bien... Ciertamente que ya quisieran muchos... Yo me alegro infinito de verte así, y le pido á Dios que te conserve.»

—Crea usted que seguiré lo mismo. Yo reconozco en mi cabeza una fuerza que nunca he tenido. Discurro admirablemente, y se lo voy á probar á usted ahora mismo. Se pasmará usted al ver que si buena comedia han hecho ustedes conmigo, mejor la he hecho yo con ustedes. Los engañadores son los engañados.

Doña Lupe empezó á alarmarse.

—Pues verá usted (continuando en la mesa en que había hecho las cuentas y con el papel de ellas entre las manos): Mi familia, Ballesster y todas las personas á quienes conozco fuera de casa, *bordaban* admirablemente su papel; y yo callado... haciéndome el tonto, mientras

con la sola fuerza del cálculo descubría la verdad.

Y doña Lupe tan parada, que no sabía qué decirle.

—Y vea usted cómo le pruebo que mi cabeza da quince y raya hoy á las cabezas mejor organizadas, incluso la de usted. Sin decir una palabra á nadie, sin preguntar á bicho viviente, y fundándome sólo en algún indicio que pescaba aquí y allí, sentando hechos y deduciendo consecuencias, he descubierto la verdad... todo con la pura lógica, tía, con la lógica seca. Atienda usted y asómbrese.

Estaba, en efecto, la viuda ilustre tan asombrada como quien ve volar un buey.

—Pues por el orden siguiente, he ido descubriendo estos hechos: Que Fortunata no se ha muerto, que está en Madrid, que vive cerca de la Plaza Mayor, que vive en la Cava de San Miguel, en la casa de los escalones de piedra, que está fuera de cuenta desde hace un mes, y que D. Francisco de Quevedo la asiste.

Doña Lupe no se atrevió á negar; tan abrumadoras eran las verdades que su sobrino manifestaba. «Verás... Tú no debes ocuparte de eso... Te concedo que vive, pero no sé dónde. Y en cuanto al embarazo, es error tuyo y de tu maldita lógica. ¡Vaya con la salida! El diablo cargue con tu lógica.»

—Si insiste usted, querida tía, en hacer co-

medias, creeré que quien ha perdido el juicio es usted. Yo afirmo lo que he dicho, y tengo la evidencia de que es verdad. Mi lógica no me engaña ni puede engañarme. Con franqueza: ¿nota usted en mí algo que remotamente se parezca á falta de juicio?

Doña Lupe no supo qué responder.

—¿He dicho algún disparate?... ¿Se atreve usted á sostener que lo he dicho? Pues tomemos un coche y vamos á la Cava... ¡Ah!, no quiere usted. Luego yo he dicho la verdad, y la que falta ahora á ella, sin duda con muy buen fin, es mi señora tía. ¿Quién es aquí el cuerdo y quién no lo es?

—Pues repito que eso del estado interesante es una papa—dijo la viuda llena de confusión.—Alguien ha querido darte un bromazo, que por cierto es de muy mal gusto.

—Yo le juro á usted que con nadie he hablado de este asunto, absolutamente con nadie. El conocimiento adquirido es obra del cálculo puro. Y ahora, por si alguien duda todavía de que yo sea la cordura andando, voy á dar á todos la última prueba de ella. ¿Cómo? Pues no volviendo á hablar de semejante asunto. Se acabó. Sigamos la vida ordinaria... Aquí no ha pasado nada, tía; hágase usted cuenta de que no hemos hablado nada. ¿No me dijo usted que tenía otra cuenta que arreglar? Venga; estoy pronto, con una cabeza que es un acero para los núme-

ros, pues éstos son la pura esencia de la lógica.

Y se puso á trabajar en las operaciones aritméticas con tanta serenidad y un temple tan equilibrado, que doña Lupe salió de la estancia haciéndose cruces y diciendo que si lo que acababa de oír se lo hubieran contado los cuatro Evangelistas, no les habría dado crédito. Pero siendo lo que refirió el sobrino un prodigio de capacidad intelectual, la señora no las tenía todas consigo respecto al estado de aquella cabeza. Entráronle alarmas, como las de los peores días pasados, y se puso de un humor vidrioso, no acertando á determinar si aquello de la lógica era una crisis favorable, ó por el contrario, traería nuevas complicaciones.

Y no estuvo muy feliz Juan Pablo en la elección de aquel día para hacer á doña Lupe la proposición de empréstito, pues encontró á la capitalista dada á todos los demonios. Era el hombre de menos suerte que existía, pues nunca daba en el quid de la buena ocasión; lástima grande, porque el discurso que llevaba preparado para convencer á la señora era admirable, y una roca se ablandaría oyéndolo. Su tía no le dejó pasar del exordio, negándose absolutamente á contratar ninguna clase de préstamo ni en las condiciones más usurarias. Total: que salió Juan Pablo de la casa renegando de su estrella, de su tía y de todo el género humano, revolviendo en su mente propósitos de venganza con proyectos de

suicidio; pues estaba el infeliz como el náufrago que patalea en medio de las olas, y ya no podía más, ya no podía más. Se ahogaba.

## IV

En la noche de aquel aciago día, que creyó deber marcar con la piedra más negra que en su triste camino hubiera, Juan Pablo sostuvo en el café del Siglo las teorías más disolventes. Con gran estupefacción de D. Basilio Andrés de la Caña, que volvió á la tertulia, embistió contra la propiedad individual, haciendo creer al propio sujeto y á otros tales que se había dado un atracón de lecturas prudhonianas. No había visto un solo libro, ni por el forro, y toda su argumentación ingeniosa sacábala de la rabia que contra doña Lupe sentía; rencor satánico que habría bastado á inspirar epopeyas.

Como el gran principio de la propiedad individual no tenía en aquella desigual contienda más defensor que D. Basilio, quedó maltrecho. La mesa de mármol, en torno de la cual formaban animado círculo las caras de los combatientes, estaba á última hora llena de cadáveres, revueltos con las cucharillas, con los vasos, que aún tenían heces de café y leche, con la ceniza de cigarro, los periódicos y los platillos de metal blanco, en los cuales la mano afanadora de don

Basilio no había dejado más que polvo de azúcar. Dichos cadáveres, horriblemente destrozados, eran la propiedad, todas las clases de propiedad posibles, el Estado, la Iglesia y cuantas instituciones se derivan de estos dos principios, Matrimonio, Ejército, Crédito público, etc... Con admiración de todos, Juan Pablo se lanzó á la defensa del amor libre, de las relaciones absolutamente espontáneas entre los sexos, y puso la patria potestad sobre la cabeza de la madre. Al Papa le deshizo, y la tiara quedó pateada bajo la mesa, con los pedazos de periódico, los salivazos y el palillo deshilachado de D. Basilio, quien al fin, en el barullo de la derrota, arrojó lejos de sí aquel marcador de sus argumentos. También andaba por el suelo la corona real, triturada por las suelas de las botas, y el cetro de toda autoridad corría la misma suerte. Las conteras de los bastones, golpeando con furia el sucio entarimado, remataban las víctimas, que iban cayendo de la mesa expirantes. Creeríase que Juan Pablo estrujaba con los codos después de acribillarlas con su dialéctica, y cuando cogía un lápiz y trazaba números con febril mano sobre el mármol para probar que no debe haber presupuesto, parecía un Fouquier de Thinville firmando sentencias de muerte y mandando carne á la guillotina.

¿Y qué menos podía hacer el desgraciado Rubín que descargar contra el orden social y los

poderes históricos la horrible angustia que llenaba su alma? Porque estaba perdido, y la cruel negativa de su tía le puso en el caso de escoger entre la deshonra y el suicidio. Antes de ir al café había tenido un vivo altercado con Refugio, por pretender ésta que fuese con ella á Gallo, y el disgusto con su querida, á quien tenía cariño, le revolvió más la bilis. Sus amigos no podían con él; estaba furioso; poco faltaba para que insultase á los que le contradecían, y su numen paradójico se excitaba hasta un grado de inspiración que le hacia parecer un propagandista de la secta de los *tembladores*. El que mejor le replicaba, ¡parece increíble!, era Maxi, que se quedó en el café más tiempo del acostumbrado, retenido por el interés de la polémica. Defendía el joven Rubín los principios fundamentales de toda sociedad, con un ardor y una serena convicción que eran el asombro de cuantos le oían. No se alteraba como el otro; argumentaba con frialdad, y sus nervios, absolutamente pacíficos, dejaban á la razón desenvolverse con libertad y holgura. La suerte de Rubín mayor fué que Rubín menor se marchó á las diez, pues doña Lupe le tenía prescrito que no entrase en casa tarde, y por nada del mundo desobedecería él esta pragmática. Había vuelto á la docilidad de los tiempos que se podrían llamar *antidiluvianos*, ó que precedieron á la catástrofe de su casamiento. Dejando que su

hermano se arreglara como pudiese con los demás tratadistas de derecho público, abandonó el café con ánimo de irse derecho á su casa. Atravesó la Plaza Mayor, desde la calle de Felipe III á la de la Sal, y en aquel ángulo no pudo menos de pararse un rato, mirando hacia las fachadas del lado occidental del cuadrilátero. Pero esta suspensión de su movimiento fué pronto vencida del prurito de lógica que le dominaba, y se dijo: «No; voy á casa, y han dado ya las diez... Luego no debo detenerme.» Siguió por la calle de Postas y Vicario Viejo, y antes de desembocar en la subida á Santa Cruz, vió pasar á Aurora, que salía de la tienda de Samaniego para ir á su casa. «¡Qué tarde va hoy!» pensó, siguiendo tras ella por la calle arriba, hacia la plazuela de Santa Cruz, no por seguirla, sino porque ella iba delante de él, sin verle. Andaba la viuda de Fenelón á buen paso, sin mirar para ninguna parte, y llevaba en la mano un paquete, alguna obra tal vez para trabajar en su casa el día siguiente, que era domingo, y Domingo de Ramos, por más señas.

Como iba más á prisa que él, pronto se aumentó la distancia que les separaba. En vez de seguir por la calle de Atocha para tomar por la de Cañizares, como parecía natural (éste era el itinerario que usaba Maxi), la joven se metió por el obscuro callejón del Salvador. En la sombra del Ministerio de Ultramar la esperaba un

hombre, que la detuvo un instante: diéronse las manos y siguieron juntos. «Hola, hola—se dijo Maxi acechando,—¿belenes tenemos?» Y viéndoles ir por el callejón adelante, una idea ó más bien sospecha encendió en él vivísima curiosidad. Siguiéndoles á cierta distancia se cercioró al punto de lo que antes fuera presunción, y la certidumbre produjo en su alma violentísima sacudida. «Es él, ese infame... La espera; van juntos... y toman la vía más solitaria... Luego son amantes... ¡Engañar á una pobre mujer... un hombre casado!...» Determinóse en él con poderosa fuerza el rencor de otros tiempos, aquel rencor concentrado y sutil que era como un virus ponzoñoso, tan pronto manifiesto como latente, y que al derramarse por todo su ser producía tantos y tan distintos fenómenos cerebrales. Al propio tiempo se desbordaba en el alma del desdichado joven un sentimiento quijotesco de la justicia, no tal como la estiman las leyes y los hombres, sino como se ofrece á nuestro espíritu, directamente emanada de la esencia divina. «Esto lo tolera y aun lo aplaude la sociedad... Luego es una sociedad que no tiene vergüenza. ¿Y qué defensa hay contra esto? En las leyes, ninguna. ¡Ay, Dios mío, si tuviera aquí un revólver, ahora mismo, ahora mismo, sin titubear un instante, le pegaba un tiro por la espalda y le partía el corazón! No merece que se le mate por delante. ¡Traidor,



miserable, ladrón de honras! ¡Y esa tonta que se deja engañar!... Pero ella no merece la muerte, sino la galera, sí, señor, la galera...»

Al día siguiente del lastimoso lance ocurrido cerca de Cuatro Caminos, no estaba Maxi más excitado y rencoroso que aquella noche lo estuvo. En el tiempo transcurrido desde la noche aciaga de Noviembre, no había visto á su ofensor sino muy contadas veces, y siempre de lejos; nunca le había tenido así, tan á tiro... «¡Ay! ¿por qué no traigo un revólver?... Ahora mismo le dejaba seco. Si pasara por una armería, lo compraba... Pero si no tengo dinero. La tía no me da más que los dos reales para el café. Dios, ¡qué desesperación! Si me infundes la idea de la justicia, idea lógica, perfectamente lógica, ¿por qué no me das los medios de hacerla efectiva?... Verle expirar revolcándose en su sangre; no tenerle ninguna lástima... ¡Que no vea yo esto, Dios!... ¡Que no lo vea el mundo entero... porque el mundo entero se había de regocijar!...»

Después de recorrer la calle de Barrionuevo y la Plaza del Progreso, la pareja tomó por la calle de San Pedro Mártir, buscando la vía menos concurrida. «Van á tomar por la calle de la Cabeza—dijo Maxi,—por donde no pasa un alma á estas horas. ¡Ah, trasto, ladrón de honras, asesino!... La justicia caerá sobre ti algún día, si no hoy, mañana. Lo que siento es que no sea por mi mano.» Seguiales sin perderles de vis-

ta, á bastante distancia... «Me duelen las contusiones que recibí aquella noche como si las acabara de recibir... Perdulario, cobarde, que te ensañas con los débiles de cuerpo, con los enfermos que no se pueden tener... A ti se te contesta con una bala... ¡Plaf! Y se te deja seco... Y yo me quedaria tan fresco si te pudiera dar lo que mereces... pero tan fresco y tan satisfecho como se queda todo el que ha hecho un bien muy grande, pero muy grande...»

Al llegar á la calle del Ave María, Rubín se pasó á la acera de los impares y se puso en acecho en la esquina de la calle de San Simón, en la sombra. Detuviéronse: Aurora parecía decir á su galán que no siguiese más. Era prudente esta indicación, y el galán se despidió apretándole la mano. Maxi le miró subir hacia la calle de la Magdalena, y sentía deseos de gritar é irsele encima: «Ratero de mi honor y de todos los honores... ahora las vas á pagar todas juntas.» Creía que se le afilaban las uñas haciéndosele como garras de tigre. En un tris estuvo que Maxi diese el salto y cayese sobre la presa. La lógica le salvó. «Soy mucho más débil, y me destrozará... Un revólver, un rifle es lo que yo necesito.»

Cuando los amantes desaparecieron de su vista, Rubín penetró en su casa. Lo más particular fué que la idea de su mujer se borró de su mente durante aquel suceso, ó quizás personificaba

en Aurora la totalidad de las deslealtades y traiciones femeninas. A solas en su cuarto, fué acometido de una duda horrible. «Pero esto que me desvela ahora—se decía revolviéndose en el lecho,—¿es verdad, ó lo he soñado yo? Sé que entré, sé que caí en la cama, sé que dormí, y ahora me encuentro con esta impresión espantosa en mi cerebro. ¿Es verdad que les he visto, al infame y á ella, ó lo he soñado? Que yo he tenido un sopor breve y profundo, es indudable... Pues ya voy creyendo que ha sido sueño... Sí; sueño ha sido... Aurora es honrada. Vaya con las cosas que sueña uno... ¡Pero no, Dios, si lo vi, si lo vi, si lo estoy viendo todavía, si tengo estampadas aquí las dos figuras!... Esto es para volverse uno loco... ¡y sería lástima, ahora que estoy tan cuerdo!...»

Todo el día siguiente estuvo con la misma confusión en su mente. ¿Lo había visto, ó lo había soñado? El Miércoles Santo envióle su tía con un recado á casa de Samaniego, y después de estarse allí gran rato oyendo tocar la pieza, notó que doña Casta hablaba muy vivamente con Aurora: «Vaya, hija, que hoy nos has dado un buen plantón. ¡Tres horas esperándotel... ¿A qué tienes tú que ir hoy al obrador, si hoy no se trabaja?... Lo mismo que el Domingo de Ramos... Toda la tarde en el obrador, y luego viene Pepe y me dice que ni has parecido por allí ni ese es el camino. ¿En dónde estuviste? ¡En

casa de las de Reoyos! ¿Y qué hacías tú tantas horas en casa de las de Reoyos? Tengo yo que averiguarlo...»

Aurora se defendía con ingenio y tesón, como quien sabe que es mayor de edad y puede cuando quiera echar á rodar la autoridad materna; pero no llegó el caso de hacerlo así. Maxi, aparentando poner sus cinco sentidos en la pieza que tocaba Olimpia, no perdía sílaba de aquel doméstico altercado. Gracias que la cuestión ocurrió cuando la niña tenía entre sus dedos el *andante cantabile molto espressivo*, que si llega á coincidir con el *allegro agitato*, ni Dios pesca una letra de lo que hija y madre hablaron. Durante el *presto con fuoco*, Maxi se decía: «Parece mentira que dudara yo un instante de que aquello era la pura realidad... ¡Y lo creí sueño!... ¡qué imbécil!... Un dato tomado de la existencia positiva me ha quitado todas las dudas. Ahora no me basta con la lógica; necesito ver algo más... y veré. ¡Qué lección para mi mujer! ¡Oh, Dios mío, ahora me asalta otra duda horrible!... Si la mato no hay lección. La enseñanza es más cristiana que la muerte; quizás más cruel, y de seguro más lógica... Que viva para que padezca y padeciendo aprenda... Pero á él debo matarle... ¡á él sí!»

Oyendo el estrepitoso fin de la pieza tuvo como un sopor de medio minuto, y volvió de él asaltado por esta idea que le sacudía: «No, ma-

tar no. Su maldad es necesaria para este gran escarmiento. La vida es lo que duele y lo que enseña... La muerte para los buenos... para los perversos, lógica, lógica.»

Apenas se había acabado la tocata, entró doña Casta á decirle: «Maxi, la señora de Quevedo me ha llamado por la ventana del patio para decirme que le mande á usted subir un momento. Tiene que enviar un recado á Lupe.» Subió el pobre chico, y *doña Desdemona* le hizo esperar un ratito, pues estaba ayudando á su marido á desnudarse. Acababa de entrar, muy fatigado; le llamaron á las doce y hasta aquella hora no había podido volver á casa.

—Querido—dijo á Rubín la dama esférica, tocándole amistosamente en el hombro.—Hágame el favor de decirle á Lupe que la pájara mala sacó pollo esta mañana... un polluelo hermosísimo... con toda felicidad...

Maxi se rascó una oreja, y sacando de su alma á los labios una sonrisa extraña, cuya significación no pudo entender la señora de Quevedo, «La pájara mala—dijo con acento de niño mimoso,—enséñemela usted... y el pollo... enséñemelo también.»

—No, no; ahora no—replicó *doña Desdemona* empujándole hacia la puerta.—Mañana los verá... Vaya ahora á decirle esto á su tía.

## V

El interés con que doña Lupe esperaba noticias de la pájara mala y de si sacaba bien ó mal el pollo, no podrá ser comprendido sin tener en cuenta las grandes ideas que en aquellos días despuntaban en el caletre de la insigne señora. Su entendimiento excelso sugeríale determinaciones para todos los casos, y medios de armonizar los hechos con los principios en la medida de lo posible. Era su lema que debemos partir siempre de la realidad de las cosas, y sacrificar lo mejor á lo bueno y lo bueno á lo posible. Esto lo había aprendido en la experiencia de los negocios, la cual se aplica con éxito á los asuntos morales, del mismo modo que el ejercicio de las matemáticas y la agilidad gimnástica que dan al entendimiento facilitan el estudio de la filosofía.

Pues pensando en su sobrina, vino á sentar ciertas bases que discutió consigo misma, dándolas al fin por indestructibles, á saber: que aquello no tenía remedio, que la deshonra era inevitable, si bien no recaía sobre doña Lupe, pues á todo el mundo constaba que ella no alentó ni favoreció jamás los desvaríos de Fortunata. Esto lo sabían hasta los perros de la calle. Por consiguiente, bien podía la señora estar tran-

quila sobre este particular. Segundo punto: Fortunata sería todo lo mala que se quisiera suponer; pero había pertenecido á la familia, y la persona más importante de ésta no podía menos de echar una mirada á la descarriada joven para enterarse de sus pasos y tratar de impedir que arrojase sobre el claro apellido de Rubín ignominias mayores. Presentábase un problema grave, cuya solución no estaba al alcance de los entendimientos vulgares. Aquel pequeñuelo que iba á presentarse en el mundo era, por ley de la Naturaleza, sucesor de los Santa Cruz, único heredero directo de poderosa y acaudalada familia. Verdad que por la ley escrita, el tal nene era un Rubín; pero la fuerza de la sangre y las circunstancias habían de sobreponerse á las ficciones de la ley, y si el señorito de Santa Cruz no se apresuraba á portarse como padre efectivo, buscando medio de transmitir á su heredero parte del bienestar opulento de que él disfrutaba, era preciso darle el título de monstruo.

«¡Oh!, si á mí me hubiera pasado lo que le pasa á esa panfilona—se decía,—¿cómo no me había de señalar el otro una pensión de alimentos? Bonito genio tengo yo para estas cosas... ¡Ah! ¡Pues si esa hiciera caso de mí y se dejara llevar! .. Lo que es ahora, yo le aseguro que sus dos ó tres mil duros de pensión no se los quitaba nadie... Lo primerito que yo haría era plantarme en casa de doña Bárbara y leerle la carti-

lla bien leída... Y lo haré, lo haré, aunque esa simple no me autorice. No lo puedo remediar; la iniciativa me alborota todo el espíritu, y reviento si no le doy salida... Y me inspira lástima lo que va á nacer, porque es un dolor que viva pobre viniendo de quien viene. Pues el día de mañana (pongo que sea varón), cuando crezca y sea preciso librarle de quintas, ¿qué va á hacer esa infeliz? No, esto no puede quedar así... ¡pobre criaturita! Hay que hacer algo, y véase aquí cómo es una caritativa cuando menos lo piensa... No, lo que es yo no me callo; yo me voy á ver á doña Bárbara, y con esta labia que tengo y lo bien que pongo los puntos, le haré ver el disparate de que su nieto esté peor que un inclusero... porque ¿de qué va á vivir? Las acciones del Banco se las comerán hijo y madre en un par de años, y con el rédito de los treinta mil reales no tienen ni para sopas. Lo que es dinero de Maxi no lo han de ver, de eso respondo, porque sería el colmo de la afrenta y de la tontería... Nada, nada; que yo doy la campanada gorda, siempre y cuando el señorito ese no le señale el estipendio en el término de un mes. Vaya si la doy... Me pongo mi abrigo de terciopelo, mi capota, mis guantes, y ¡hala!... Ahora se me ocurre que debo empezar por darle una embestida á mi amiga Guillermina, que se hará cargo de la justicia del caso... Sí, ¡magnífica idea! Guillermina hablará con la otra y...

Ahora, ahora comprenderá esa loquinaria la diferencia que hay entre obrar ella por cuenta propia y tenerme á mí por consejera y directora. ¿Apostamos á que ella, si el otro no le da un cuarto, se deja estar con su santa pachorra, sin atreverse á nada, tragando hiel y muriéndose de hambre? Pero yo, cuando hago el bien, lo hago contra viento y marea, y se lo meto por los hocicos á las personas tercas é inútiles que no saben hacer nada por sí.»

Estas ideas, que fermentaron en el cerebro de aquella gran diplomática y ministra durante todo el mes de Marzo, determinaron los recaditos que mandó á Fortunata con Ballester, el encargo que hizo á Quevedo de asistirle cuando el caso llegara, no vacilando en decir al feo y hábil profesor de obstetricia que sus honorarios no serian perdidos. Algo la desconcertó Maxi el día en que se mostró sabedor del secreto, pues la señora, para hacer todos aquellos proyectos benéficos en interés del vástago de Santa Cruz, *partía del principio* de que su sobrino desconocía en absoluto la verdad. Muchísimo se alegraba de verle tan sereno; pero la sacaba de quicio el pensar que se volvería razonable hasta el punto de compadecerse de su mujer y asignarle alguna pequeña renta para que no pidiera limosna ó se prostituyese. No; el otro, el que había roto los vidrios, era el que los tenía que pagar.

A esta altura estaban sus cavilaciones, cuando Maxi le llevó la noticia que le diera *doña Desdemona*. Lo primero en que doña Lupe puso su atención inteligente fué en la cara del joven al dar el recado, y se pasmó de su impavidez, á pesar de que demostraba penetrar el sentido recto de la alegoría empleada por la señora de Quevedo. Después de repetir textualmente el recado, añadió: «Ha sido esta mañana. D. Francisco acababa de llegar y se estaba acostando.»

Doña Lupe no volvía de su asombro. «Vaya, que lo toma con calma. Más vale así. ¿Y esto es cordura ó qué es? Será lo que llaman filosofía... Dios nos tenga de su mano, si después le da por la filosofía contraria.»

—¿Piensa usted ir á verla?—le preguntó después el chico con la mayor naturalidad.

—¿Yo?... Pero qué cosas tienes... Veo que es inútil hacer comedias contigo. Con ese talento que estás echando, nada se te escapa... ¡Verla yo! Sólo por curiosidad he querido saber lo que sé... De aquí en adelante, como si no existiera. ¿No piensas tú lo mismo?

—Exactamente lo mismo... ¿Ve usted lo frío y sereno que estoy?

—Así me gusta. Esto se llama ser filósofo en toda la extensión de la palabra, y elevarse sobre las miserias humanas—dijo la viuda con emoción verdadera ó falsa.—No vuelvas á acordarte más del santo de su nombre...